

L. - 737 - 5.

ROSSINI EN MADRID

Colleción de artículos publicados en
el *Heraldo de Madrid* (Recortes)

por

D. Juan José Morato

(El carráer Maltrapillo)



Reg.º 3420

FM 13187

F-8055

Ayuntamiento de Madrid

- 1 -

Don Alejandro Aguado, ex coronel de lanceros, «comanditario» de la ópera de París y banquero. — Doña Isabel Colbrán, cantante. — «El cisne de Pésaro».

Don Alejandro Aguado nació en Sevilla el año 1784. Era hijo de «buena familia», y se crió, por tanto, «en buenos pañales», lo cual significa que sus padres eran gente bien acomodada, con «posibles» o con dinero, que ahí está el toque de las «bondades» del pañal y de la familia. Tienen estas locuciones una moraleja análoga a la que se desprende de otra locución, menos absurda de lo que parece: el hasta clásico «pobre, pero honrado».

Este Sr. Aguado se alistó en las tropas de José I cuando los franceses invadieron España—¿quién se acuerda de los ejércitos de la Fe, mandados por S. A. R. el duque de Angulema?—. Don Alejandro Aguado ganó honores y empleos, y cuando las tropas de Napoleón se retiraban de España, era ya coronel de lanceros y ayudante del mariscal Soult, conocido también por el título de duque de Dalmacia.

Caido el Imperio sucesivamente en Fontainebleau y en Waterloo, instaurados los Borbones en Francia, el antedicho duque de Dalmacia, que no era un modelo de lealtad, quiso que el Sr. Aguado siguiera siendo coronel, mas nuestro hombre se negó a ello, y entonces se dedicó a los negocios.

Se naturalizó, fué banquero y ganó muchos millones, que supo gastar y acrecentar, y en el ejercicio de esta profesión, tan útil en todas las repúblicas, hubo de entenderse con nuestro Fernando VII (a) «el Descado». Dicen—o decían—malas lenguas que el tal D. Alejandro Aguado fué socio del «Narizotas» y su agente secreto en París. El hecho es que el Rey de las Españas y de las Indias, que iban emancipándose poco a poco, le nombró banquero de España en París; le hizo marqués de las Marismas del Guadalquivir y le gratificó concediéndole minas y algunas otras cosas sustantificas.

El año 1823 negoció en la capital de Francia un empréstito español, otro en 1830 y otro en 1831.

Hombre acaudalado, el marqués de las Marismas y de gustos refinados, por amor a las bellas artes y también al «negocio», llegó a ser el principal comanditario del teatro de la Ópera, de París...

Para la ilación de nuestra historia nos interesa lo que fuera después del ex coronel de lanceros; pero, en fin, sépase que Ivry-sur-Seine le eligió alcalde, que reunió una hermosa granja de Macineros, que murió en Gijón el año 1842 y que dejó un capital de 60 millones de francos limpios de polvo y paja.



- 2 -

Doña Angela Isabel Colbrán nació en Madrid el año 1785. Su padre era maestro de la capilla Real y como la niña mostraba excelente disposición para el canto, la enseñó música y después la proporcionó buenos maestros, siendo el primero de ellos, en el orden cronológico, D. Francisco Pareja, al que siguieron dos italianos.

El año 1806 «la Colbrán» ya brillaba en los mejores teatros de Europa, llegando a ser cantante buena entre las mejores y famosa actriz. Stendhal alabó su voz, su arte y su hermosura.

Anduvo por los escenarios conquistando laureles; D. Joaquín Rossini se prendó de su belleza, de su arte y de su honestidad. Primero compuso para ella tres óperas, a saber: «Otello», «la donna del lago» y «Semíramide», y después se casó con ella el año 1815...

Aunque ello ni ponga ni quite nada en este relato, se ha de decir que bastantes años después el matrimonio se separó, que Isabel Colbrán murió mucho antes que Rossini y que éste contrajo nuevo matrimonio.

Don Joaquín Rossini nació en Italia el año 1792, y en pocos años trepó a la cima, cúspide, pináculo o apogeo de la gloria, llegando a ser el más famoso maestro compositor de su tiempo y uno de los mejores de todos los tiempos.

Corrió de un lado a otro, siempre con justicia aclamado y festejado, labrándose su fortuna, y de él se dijo que, como Napoleón, era el único hombre del que se hablaba a la misma hora en todo el mundo civilizado. El Gobierno de Carlos X, señalándole un sueldo muy decentito, le hizo establecerse en la capital de Francia.

Llegó julio de 1830; estalló en París la revolución que destronó a los borbones; Lafallete presentó a Luis Felipe de Orleans, hijo de Felipe Igualdad, abrazado a la bandera tricolor; Luis Felipe quedó proclamado rey de los franceses y... Rossini se quedó sin pensión.

No se resignó, ni se resignaron sus amigos; se entablaron gestiones para restablecer el sueldo, y en estas andanzas posó el tiempo, se echó encima el año 1831 y Fernando VII necesitó que el banquero de España en París negociara un nuevo empréstito.

Reciente aún el de 1830, la cosa era algo fuertecilla y requería, acaso, que se hablara mano a mano y largo y tendido, y por esto—conste que aventuramos hipótesis—, por ciertas desavenencias entre las dos cortes, que dieron por resultado intertonas de los liberales—Charalangarra y Espoz y Mina, señaladamente—y también porque D. Alejandro Aguado llevaba muchos años ausente de España, el banquero resolvió venir a Madrid.

Ociosamente Rossini, que desde años atrás no componía óperas, esperando su reposición, enojado por las dilaciones e inseguridades, que de la esperanza de hoy

3 -

3 -
hacían desesperanza mañana, aceptó el convite de D. Alejandro Aguado para acompañarle en su viaje, y un buen día de los comienzos de febrero los dos amigos salieron para Bayona, y en Bayona tomaron el camino de Madrid.

Porque ha de saber el lector que don Joaquín y D. Alejandro estaban unidos por una amistad estrecha. Y se explica. Rico, fastuoso, enamorado del arte, hombre vehemente, el Sr. Aguado admiró a Rossini, y acaso a la mujer de éste, a la excelente cantante madrileña, y fué buen hijo de aquel matrimonio, que había de reñir y separarse.

Y no olvidemos que el gran banquero fué nada menos que el primer comandante de la ópera, así que, aun como «empresario», tuvo que estar en relaciones con el «maestro» y con la «diva». Añadamos que D. Alejandro era en París persona preeminente, de influjo y con acceso a todas partes.

Item más. Aguado era español, Isabel Collbrán era española, Rossini hablaba el castellano; Aguado, bien quisto en Francia, y hasta naturalizado, era extranjero; Rossini, idolatrado del público parisién y pensionado por Carlos X, era extranjero.

¿Cómo no explicarse esta amistad cordial y franca, que sólo la muerte eterna o ineluctable reparadora—puede destruir?

Aun a salvo de todas las malas contingencias de la vida, Rossini pasaba por un trance amargo: en manos de su amigo Aguado estaba que olvidase unos días, y Aguado era buen amigo.

X. como desemos, cierta mañanita de febrero del año 1831, los dos amigos emprendieron la caminata a Madrid.



4 -

Cómo se viajaba el año 1831.— Epoca revuelta... y alegre.

El Gobierno constitucional estableció en 1821 un servicio de diligencias desde Madrid a Bayona y viceversa, o, mejor dicho, estimuló la creación de este servicio, reglamentándolo al mismo tiempo para impedir que la Empresa abusara de los viajeros y estos de aquella.

El año 1831 costaba el viaje 370 reales en la berlina; 320, en el interior; 270, en la cubierta, y 250, en la rotonda. La cama en la posada donde se hacía noche costaba cuatro reales; el almuerzo-comida, ocho; la comida, doce, y la cena, diez.

(Por cierto que se comía muy razonablemente. Véanse las minutas. Para desayuno podía elegirse chocolate, café, té con un vaso de leche con azúcar, o un par de huevos con pan y vino. El aguardiente para matar el gusanillo se pagaba a real la copita. El almuerzo había de componerse de los siguientes platos o sus equivalentes: sopa o potaje, huevos con jamón, menestra, asado, ensalada, postre, pan y vino a discreción, y la copita de aguardiente para acabar de entonar el cuerpo. La comida era aún más copiosa: sopa de caldo, cocido con gallina y chorizo o morcilla y los demás ingredientes, dos guisados, menestra, asado, ensalada, tres postres, pan y vino a tutiplén, más la consabida copita de aguardiente para facilitar la digestión. La cena era también apetitosa: sopa, huevos pasados por agua, menestra, guisado, asado, ensalada o gazpacho, dos postres, pan y vino cuanto se quisiera, y como «sosiéga», la copita de aguardiente.)

Salía la diligencia de Bayona a las diez de la mañana, en verano, y a las doce en invierno, y se dormía en la una aquella jornada; en Vitoria, la segunda; en Lerma, la tercera; en Logroño la cuarta, y se rendía viaje en Madrid entre las once y las doce de la mañana.

Se tomaba el desayuno en la misma posada en que se dormía; se almorzaba durante un relevo del ganado; se comía al venir a Madrid en Villarreal, Briviesca y Fresno, y se cenaba en el mismo sitio donde se iba a pasar la noche.

Muy inseguros los caminos, escoltaban la diligencia dos escopeteros, y además les estaba seriamente prohibido a los viajeros llevar consigo o en los equipajes considerables sumas de numerario.

Para completar estas noticias diremos que era costumbre entregar una propina para «agujetas» a los postillones.

¡Viajaron así D. Alejandro Aguado y D. Joaquín Rossini! Desde luego afirmamos que ~~no~~ ^{no} ~~tenían~~ ^{tenían} ~~su~~ ^{su} ~~paga~~ ^{paga} ~~ello~~ ^{ello} varias razones: que el banquero podía y sabía hacer las cosas como es debido; la calidad de su convidado, y que la fecha y día de la

semana del regreso—miércoles 23 de febrero—no coincide con la salida oficial de la diligencia. (La fecha en que los viajeros salieron de Bayona nos es desconocida.)

El Sr. Rossini y el Sr. Aguado viajaron de seguro en coche de su propiedad, alquilando mulas en los relevos y tal vez acelerando la marcha para llegar a Madrid en menos jornadas, aunque esta hipótesis nos parece aventurada.

Era este modo de viajar harto caro y bastante engorroso, porque en la frontera habían de llenarse una porción de formalidades—prestar fianza, una de ellas—; mas el banquero de España en París era harto rico para que los gastos le arredrasen, y tenía bastante influencia para que aduaneros, maestros de postas y aun las justicias le dieran todo género de facilidades, hasta con olvido de leyes, reglamentos y ordenanzas.

Además, es casi seguro que el Gobierno, atendida la calidad de los viajeros, procuraría que caminaran con relativa tranquilidad, porque—caro lector—eran aquellos días los de la edad de oro del bandolerismo.

Compartía el trono de España con el pío, felice e idolatrado Fernando VII su sobrina doña María Cristina, que pocos meses antes le diera sucesión, la misma Cristina que despertó la simpatía y logró la adhesión de los liberales y de los templados, concitándose el odio y la repulsión de los apostólicos. Además se habían restaurado las viejas leyes de Castilla, con lo cual desaparecía la posibilidad de que un día llegara a sentarse en el trono D. Carlos María Isidro, hombre limitado y testarudo, aunque mejor persona que su hermano.

Todo esto exacerbo a los feos y como además el «Deseado» encarcelaba, ahorcaba y fusilaba liberales, respondiendo así a las intenciones, en el reino no había paz ni sosiego.

Item; se vivía en la era dichosa del «debe y no pagues, que somos mortales», si no mienten los contemporáneos, y entre ellos el veraz y desapasionado Mesonero. El Estado no pagaba con puntualidad a los funcionarios y abastecedores; las gentes contraían deudas que no se apresuraban a cancelar; al comercio todo se le volvían moratorias, y los inquilinos dejaban correr los meses sin acordarse del casero.

Pero con trastornos, inseguridades, inquietudes y trampas las gentes procuraban divertirse, y el Gobierno—llamémosle así—, tan de acuerdo estaba con la opinión en que esto de divertirse es cosa esencial, que por aquellos meses fundaba en Sevilla la escuela de tauromaquia. Verdad que casi al mismo tiempo, y por iniciativa de María Cristina, se fundaba el Conservatorio de Música y Declamación en la ca-



- 6 -
de Isabel la Católica, o plaza de los Mostenses, núm. 25, el mismo local que tuvieron en 1920-23 los Comuneros.

(María Cristina, mujer de gustos refinadamente artísticos, era competentísima en asuntos de música y no despreciable pintora.)

En la buena sociedad predominaba el buen gusto y había ya una estimable actividad literaria, de la cual no dan idea ni el número ni la índole de los diarios, que eran cinco, a saber: «El Correo», periódico literario y mercantil; el «Diario de Madrid», la «Cotización de la Bolsa», el «Diario General de las Ciencias» y la «Gaceta».

Verdad es que Camerero preparaba ya las «Cartas españolas», en que habían de trabajar los buenos literatos de la época; Camerero, director de «El Correo», hombre de mundo, de gustos acendrados, buen escritor e insuperable agradador de Segismundos, la encarnación del «¡Viva quien manda!», grito que estuvo en sus labios y en su pluma desde Godoy a Mendizábal, desde Carlos IV a Isabel II.

En el destartado café del Príncipe acababa de crearse el Parnasillo, con su adherente la partida del Traeno, Escosura, Pezuela, Ortiz, Mesonero, Larra, Santos Álvarez, Bretón, Ferrer del Río, Vega, Espronceda, Valladares, Olona, Gil y Zárate, Segovia, Ochoa, etc.

Salas de espectáculos había las siguientes: teatros del Príncipe y de la Cruz, en los cuales alternaba el verso con la ópera.

El teatro en la calle de la Sartén, con verso, opereta y bailes nacionales. El teatro Pintoresco, de la calle de la Luna. El de la fonda de la Cruz de Malta. El circo Olímpico. La sala-teatro de la botillería de la calle del Prado.

De «El barbero», a la pantomima llamada «El perepil de la tía Nicolasa»; de «El desden con el desden», a «La petición extraña o el panadizo de Federico II», y cachuchas, equilibrios hidráulicos, «La pata de cabra», monos, cosmoramas, «Purchinela, Arlequín y Colombina», cuerdas flojas, caballos, fantasmagorias, juegos de manos...

Además, y en los días de la llegada de Rossini, bailes de trajes, recepciones y banquetes en las casas aristocráticas con asistencia a veces de las Reales personas...

Tal era Madrid cuando lo visitó Rossini, que además encontró una sociedad inteligentísima en música, que conocía todas sus obras y las admiraba.

Y una mañana de febrero el gran compositor y su amigo D. Alejandro Aguado se apeaban en la puerta de la fonda de Geinceiz, instalada en el núm. 8 de la calle de la Reina, la mejor fonda de Madrid, según el «Manual de Mesonero para el año 1931».

Llegada. — Agasajos. — El «Stabat Mater». — La passeggiata.

«El Correo» (periódico literario y mercantil), correspondiente al 16 de febrero de 1831, hacía saber en la sección de noticias, encabezada con el epígrafe «España», que estaban en Madrid, procedentes de París, el marqués de las Marismas, D. Alejandro Aguado y el «celebre» D. Joaquín Rossini, que «había asistido al teatro y a varias Sociedades».

Días después, el mismo periódico describía, casi como los actuales «cronistas de salones», cierto espléndido banquete celebrado en la mansión o morada de la señora marquesa de Casa Irujo, haciendo constar, aunque sin grandes requilorios de adjetivos, la asistencia a él del Sr. Rossini, «llegado de París aquel mismo día en compañía de su amigo el Sr. Aguado».

En sus «Memorias de un setentón», Mesonero habla de la estancia de Rossini en Madrid «durante el Carnaval de 1831».

«La Passeggiata», composición dedicada por Rossini a la «Sua Maestà Maria Cristina de Borbone», está fechada en Madrid el 20 de febrero de 1831.

En el Tratado de armonía, contrapunto y fuga, denominado «Geneuphonia», y escrito por el mariscal de campo D. José Joaquín Virnés y Spinola, hay un autógrafo del maestro fechado en Madrid el 22 de febrero.

Una nota colocada al pie de la introducción de este libro da noticia sumaria de la visita hecha por Rossini al Conservatorio de Música de Maria Cristina el 17 de febrero, y en «El Correo» aparece un relato algo más extenso de la expresada visita.

Y en el periódico tantas veces citado consta que el 23 de febrero D. Alejandro y D. Joaquín salieron de Madrid «para reanudar a París».

Quiero esto decir que nos es desconocida la fecha en que Rossini llegó a Madrid, y, por tanto, los días que permaneciera en esta villa y corte.

Creemos, sin embargo, que el maestro y el banquero hubieron de llegar el 5 o el 6 de febrero, y esta hipótesis se fundamenta en los siguientes hechos:

Que Rossini escribió en Madrid el «Stabat Mater» y «La Passeggiata», tarea que, aun con la facilidad que tenía el maestro para el trabajo, no pudo ser realizada desde el 13 de febrero—domingo de Carnaval—hasta el 22, última jornada que pasó en Madrid. Y más si se considera el tiempo que hubo de emplear en asistir a banquetes, saraos, bailes y recepciones.

Que de haber pasado en Madrid lo que se dice estrictamente el Carnaval, sólo tuvo tres noches para asistir al teatro, por que entonces ésta se cerraba por toda la



- 8 -
Cuaresma, a contar del miércoles de Ceniza.

Y que no habiéndose cantado en Madrid durante todo el mes de enero mas que una vez «El barbero» y otra «La donna del lago», «El barbero» se canta en el teatro del Principe precisamente el 6 de febrero, y esta misma ópera se canta en el teatro de la Cruz el 13.

Y en esta coincidencia vemos nosotros el desseo de agradar y de honrar al maestro de cuya llegada se tenia noticia.

Más aún: el 12 de enero se estrenó en el Principe una ópera del músico español D. Ramón Carnicer, «Cristóbal Colón», que fué recibida con aplauso y duró bastante en los carteles; tal vez diez noches. Pues esta ópera se vuelve a poner en escena el 7 de febrero, aunque sólo una noche. Y es lógico también pensar que se representó la obra para que la oyera Rossini.

Así que de ser ciertas nuestras presunciones, el maestro residió en Madrid poco más de quince días.

Y durante este tiempo los buenos teatros, a más de las óperas citadas, pusieron en escena «El último día de Pompeya», de Pacini, y «La extranjera» y «El pirata», de Bellini. Las compañías de verso representaron: «La villana de Vallecas», «El desdén con el desdén», «Todo lo vence el amor o La pata de cabra», «El diablo verde», «Mágico africano», «La expiación», «Las hijas de Gracián Ramírez o La conquistista de Madrid», «El leñador escocés», «El amante jorobado», «La escuela de los padres» y «La petición extraña o El panadizo de Federico II».

Como hace constar «El Correo» en su número 411, fué nuestro hombre «colado» de atenciones y de obsequios. Asistió a diferentes banquetes que le dieron varios personajes, que se disputaron (digámoslo así) el placer de tenerle a su mesa, y en todos ellos reinó, al par que la elegancia más fina, el mérito de haber sido las comidas suntuosas y muy hechas para que el ilustre huésped reconociera que en España, si bien se aprecian los primores filarmónicos, no deja de saberse lo que es comer con gusto exquisito y con todos los filetes de la ciencia gastronómica.

Que sepamos, bien por Mesonero en las «Memorias de un setentón», bien por «El Correo», entre las casas aristocráticas que otorgaron noble y espléndida hospitalidad al maestro está la ya citada de la marquesa de Casa-Irujo y también la del duque de Híjar, donde se celebró deslumbrador baile de máscaras con el correspondiente banquete. En esta fiesta Mesonero Romano leyó un soneto dedicado al tan traído y llevado «Cisne de Pessaro», soneto que apareció en «El Correo» suscripto por «M.», y que más tarde insertó «El Curioso Parlante» en sus «Memorias de un setentón». Ayuntamiento de Madrid

- 9 -

Quien parece que más frecuentemente y con mayor gusto y magnificencia obsequió a Rossini fué aquel D. Manuel Fernández Varela, comisario de cruzada, hombre admirado y de gustos refinados, protector de artistas.

A instancias de este señor compuso Rossini el «Stabat Mater», dedicándosele, regalándole el original y también la pluma con que le escribiera.

Los Reyes se honraron recibiendo al maestro, que charló largo y tendido con María Cristina, italiana como él. Tuvo efecto esta visita el día 20 de febrero, y Rossini puso en las Reales manos el ejemplar original de «La Passeggiata», una linda «anacreónica», en la que no falta el verde prado lleno de flores, el día dulce y apacible, etc.

«La Passeggiata» se publicó como apéndice al núm. 2 de las «Cartas españolas», periódico o revista dirigido por Carnero.

Visitó Rossini, y muy despacio, el Conservatorio de Música de María Cristina...



10 -
**Visita al Conservatorio de Música de
Maria Cristina.—Palabras lisonjeras.
Regreso a Francia.—Primera audi-
ción del «Staabt Mater».**

El día 17 de febrero, precisamente a las ocho en punto de la mañana, D. Joaquín Rossini, D. Alejandro Aguado y algunos otros señores visitaron el flamante Conservatorio, fundado a fines de 1830, y dependiente, como la escuela de Tauromaquia, del ministerio de Hacienda, regido entonces por D. Luis López Ballesteros, que si no era un Necker, destacaba de los demás ministros—de algún modo hay que llamarlos—por su inteligencia, celo y hasta por su rectitud, la rectitud compatible con los caprichos, mudanzas y «genialidades» de D. Fernando VII (a) el Deseado. Casi no es necesario decir que este Sr. López Ballesteros acompañó a Rossini en la visita al Conservatorio.

Comenzó ésta por la sala de Composición, de que era profesor D. Ramón Carnicer. El texto de esta asignatura era la ya citada «Geneuphonia», del mariscal de campo Sr. Virues y Spínola, que era uno de los visitantes.

A instancias de este señor, Rossini escribió en el encerado «un bajo»; un alumno puso las tres voces «con bastante corrección», y cuando el maestro preguntó qué tiempo llevaba en la clase aquel muchacho, supo con verdadera sorpresa que no más de veinticuatro días.

Siguió la visita con bastante despacio, hasta dar en la sala de Piano. Allí tocaron algunos alumnos, casi todos los profesores, y, finalmente, Rossini, que por galantería exquisita y delicada se limitó a ejecutar los ejercicios más difíciles del método del profesor, que lo era D. Pedro Albéniz.

En la habitación del director del Conservatorio, D. Francisco Piarmarini, se sirvió un buen almuerzo. Rossini felicitó al profesorado y declaró que el Conservatorio de Madrid superaba en mucho a los de París y Milán.

Concluido el almuerzo, los alumnos regalaron al maestro una corona de laurel, «que aceptó—dice Carnerero en «El Correo»—con la modesta sensibilidad que en todas ocasiones distingue y caracteriza al mérito eminente».

Hombre bien educado, Rossini se deslizo en elogios de los españoles, admirando su predisposición para la música y el gusto refinado de la sociedad, que tan bien le acogiera.

Tuvo asimismo palabras muy lisonjeras para su gran amigo el cantante español D. Manuel García, al que reputó excelente colaborador suyo.

Rossini, según «El Correo», «marchó de Madrid contentísimo y deseoso de volver, lo que ha anunciado como muy probable para el mes de septiembre, en cuyo caso

vendría con su mujer, doña Isabel Colbrán, que, como todos saben, es española, y artista no menos famosa que su marido».

Un día le hablaban de lo mucho que habían gustado sus óperas en Madrid y en otras poblaciones sepañolas, y a esto replicó:

«A pesar de eso, mi música empieza a ser vieja y es preciso ir la reemplazando con otra. Hay otros que me empujan, y nada tiene de extraño, porque las sensaciones nuevas, que siempre tienen su efecto, son uno de los distintivos del siglo en que vivimos.»

(Cuando Rossini estuvo en Madrid, había ya, en efecto, realizado lo mejor de su labor, lo capital, y ni entonces ni después produjo obras de consideración y empeño, salvo el «Stabat Mater», compuesto en Madrid.)

«El Correo» replicó a este juicio del maestro con las siguientes líneas, que fueron también de despedida:

«Estas palabras, que en boca de Rossini las reputamos verdidas sin afectación, carecen, sin embargo, en nuestra idea de exactitud, tocante a su música. Esta, lejos de ser vieja, sigue causando las delicias de toda Europa y aun la queda tiempo que recorrer antes de que fatigue los oídos.

Sus brillantes combinaciones, su esplendor mágico, sus magníficos acompañamientos y giros, debidos a la superioridad de un genio creador, han producido una revolución filarmónica, que no ha llegado a su término y que anuncia todavía una duración prolongada.

Rossini es uno de los maestros que al goce positivo de su celebridad ha reunido con más ventaja el de las dulzuras de la fortuna. Es rico, admirado en todas partes, obsequiado, aplaudido... Es lo que merece.»

Y el día 25 de febrero, en el tan citado «Correo», se leían estas dos noticias:

«—Antes de ayer, 23 del corriente, salió de esta capital para restituirse a París el marqués de las Marismas, D. Alejandro Aguado.

«—El célebre Rossini, que, según habíamos anunciado, llegó a esta corte acompañando al Sr. Aguado, ha vuelto también a ponerse en marcha y se restituye a París.»



Quería el Sr. Fernández Varela dar a conocer el «Stabat Mater»; no pudo ser aquel año en el correspondiente viernes Santo.

Mesonero, en sus «Memorias», dice que la audición primera de esta obra religiosa tuvo efecto el viernes Santo de 1832. Está equivocada la fecha. En 1832 lo que ocurrió fué que los aficionados, y con ellos la «Revista de España», en que escribía el mismo Mesonero, se lamentaron de que tropiezos e inconvenientes impidieran la audición.

La obra de Rossini se ejecutó por vez primera, no en París, el año 1841, como



-12-

dicen los biógrafos, sino en Madrid, en la iglesia de los agustinos. San Felipe el Real, el día 5 de abril de 1833, viernes Santo.

La dirigió nuestro ilustre D. Ramón Carnicer; la ejecución fué maravillosa, y de ésta y de la obra hablaron las gentes muchos días y escribieron los periódicos.

De lo que no hay noticia es de que Rossini viniera a Madrid con su esposa el mes de septiembre de 1831.



F-8055

Morato (Juan José)

(El Carrer Maltrapillo)

Rossini en Madrid

Colección de artículos publicados en
el Heraldo de Madrid. (Recortes)

Madrid.- Impm. Heraldo Madrid

12 pag., - 3.^o may.

R. 3420

Mod. núm. 1.

Donat. del Autor

F. 737

(Folletos - Leg. 737 - n.º 5.)

Blank lined page.

This image shows a single sheet of off-white or cream-colored paper with horizontal blue ruling lines. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.

Ayuntamiento de Madrid

de esta y de la obra hablaron los señores

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200037554

Ayuntamiento de Madrid